

HOMENAJE AL P. ARRUPE

PEDRO ARRUPE. PRESO Y CAPELLAN PENITENCIARIO*

Convocado por la Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea, se celebró, el jueves día 18 de julio de 1991, en el Salón del Ayuntamiento de San Sebastián repleto de público, un homenaje al jesuita bilbaíno Pedro Arrupe. De las múltiples razones que motivaron este Acto académico (dentro del Congreso Internacional de jesuitas y colaboradores seculares, de trece países, en capellanías ecuménicas penitenciarias) podemos recordar aquí, al menos, un par de ellas.

Con ocasión del año Ignaciano ha parecido más que oportuno evocar, en el marco del campus universitario, la figura señera de aquel inteligente compañero de Severo Ochoa en la Facultad de Medicina de Madrid, que después prestó tanta atención a las instituciones universitarias, especialmente en el Japón y en América, pero también en el País Vasco, concretamente en Bilbao.

Arrupe, como Ignacio de Loyola, fomentaba con intensidad los estudios y las investigaciones en el *Alma Mater* de las ciencias y artes. Pero, ambos insistían también en que “los pobres son nuestros maestros”. Por eso, se volcaban en la asistencia espiritual y corporal a los privados de libertad.

La historia multiseccular de la Compañía de Jesús en los cinco continentes patentiza esta característica jesuítica de atención a los marginados dentro de los muros carcelarios.

Acerca del trabajo de Arrupe con más de 500 presos de habla hispana, en Estados Unidos, que llevó a cabo con incondicional entrega, merece citarse aquí lo que él escribió sobre cómo en el patio de aquella prisión cantó el *zortziko* “Desde que nace el día”, con más emoción que en todo el resto de su vida.

“Cuando terminaron hubo un silencio profundo que nadie quería romper. Comprendí que estaban esperando algunas palabras mías, y me decidí a poner la parte

* Artículo de A. Beristain publicado en la prensa local, el día 31 de julio 1991.

que me correspondía a la fiesta. En voz lo suficientemente alta para que todos me pudieran oír bien, les di las gracias por su delicadeza y les dediqué una canción.

Y puse en mi canto una emoción como jamás he vuelto a poner después... y como nunca la experimenté antes. Porque también yo elegí uno que recogía nostalgia y hablaba de penas. ¡Con qué sentimiento desgrané el *zortziko* de mi tierra "Desde que nace el día"...! ¿Cómo iba a poder hacer otra cosa ante aquella inmensa multitud dolorida que me escuchaba?

Cuando se perdió la última de mis notas, un aplauso cerrado se extendió por todo el campo. A partir de aquel momento jamás vi una mirada de hostilidad ni un gesto de desafío. Me querían de verdad y me recibían con los brazos abiertos".

Al poco tiempo de llegar al Japón, Arrupe estuvo preso. El rememoraba siempre como positiva aquella extrema soledad y pobreza que le abrió las puertas a una experiencia profunda de presencia consoladora de Dios.

Durante toda su vida mostró especial sensibilidad hacia las capellanías penitenciarias en las que intervenía algún miembro de la Compañía de Jesús.

Merece subrayarse la ilusión y la carismática dedicación de Arrupe en favor de la justicia y contra las estructuras sociales injustas, con aquel optimismo radical tan sólidamente fundado en su convicción del triunfo de la resurrección y del amor.

Otro motivo para homenajear a Arrupe es su empeño ecuménico, como lo patentiza el discurso que pronunció en Dublín, hace veinte años, cuyo resumen "lo que nos une es más que lo que nos separa" todavía alimenta a muchos teólogos.

Arrupe fue pionero también del ecumenismo. El 31 de julio de 1990, el romano pontífice nos ha invitado a los jesuitas "a interesarnos cada vez más, por todas las iniciativas que el Concilio Vaticano II ha promovido en forma especial, como el *Ecumenismo*, la profundización de las relaciones con las religiones no-cristianas..."